

EL GOBIERNO DEL SUFRIMIENTO

Me despertó aquel cantar, tan suave, tan delicado, que cada vez que lo escucho, me envuelve, consiguiendo despertar mi sexto sentido.

Es aquel cantar que ilumina mi rostro con una sola nota y me convierte en su prisionero eternamente.

Es maravilloso seguir conservando este gramófono que me trae tantos recuerdos. Cada vez que reproduce una canción, consigue trasladarme a mi juventud.

Hoy en día, ya no existen esos momentos en que una mirada decía mil palabras, donde los caballeros les regalaban bellas rosas a sus amantes en muestra de su amor, donde la confianza y la sinceridad eran el eje de este mundo, y donde una canción, una simple sucesión de notas unidas en perfecta armonía conseguía enriquecer el alma de una persona. La tecnología ha absorbido este mundo donde antaño la gente se ganaba un pedazo de pan con su sudor.

Imbuido hasta la médula de esa adorada canción me levanté arrastrando mi botella de oxígeno en dirección a la cocina. Todo lo que me quedaba de esta vida en el que el sufrimiento ha gobernado durante tanto tiempo, dependía de esa botella.

Me preparé un café, bueno, preparar no es el verbo más adecuado para esta ocasión, en realidad, únicamente tuve que pulsar un botón y en un abrir y cerrar de ojos ya estaba listo, pero... ¿Sabéis que?, no era lo mismo. Extrañaba esos momentos en el que mi señora me preparaba su delicioso café lleno de amor, felicidad, y con una gran sonrisa siempre dibujada en su bello rostro.

En ese momento, las lágrimas me brotaron de los ojos como dos gotas de rocío brotando de las delicadas y preciosas rosas.

Y sus recuerdos permanecieron en mí.

“Todo comenzó en un día de 1988, me acuerdo perfectamente de la fecha, dos de septiembre de ese anheloso año, donde el cielo amaneció con grandes masas grises que cubrieron los edificios de la ciudad más poblada de Siria, Alepo.

Por el tiempo no aparentaba ser un buen día, pero resultó ser el mejor de mi vida, ¿irónico, verdad?

Salí a ayudar a mi honrado padre en su tienda pero aquel día decidió cerrar ya que era evidente que nadie iba a salir de su acogedor hogar para presenciar la tormenta que se avecinaba, además, las ventas no iban nada mal.

Tras cerrar, mi padre fue a nuestro humilde hogar mientras que yo me disponía a pasear por las desérticas calles e introducirme en mis pensamientos.

En ese momento solo buscaba la forma de vivir el presente. Llevo dieciocho años planeando cuál sería mi futuro, era evidente, era como si ya estuviera escrito, pero...

¿Y mi presente?, ¿ cada paso que doy significa algo?, ¿ qué pasaría si es equivoco?, ¿qué pasaría si le diera una oportunidad a la vida para que eligiese el camino por mí?

Me senté en un banco y alzando la cabeza con la mirada en dirección al cielo, cerré los ojos. Después de un buen rato, sentí las gotas de agua introduciéndose en los poros de mi curtida piel con un ritmo y orden determinado, como si estuviesen programadas. Más tarde, la velocidad de esa sucesión aumentó hasta convertirse en una tormenta.

Yo seguía allí, en mi posición inicial y con los ojos cerrados hasta que percibí que esa perfecta sucesión desapareció.

Era raro ya que seguía oyendo el sonido de las gotas luchando contra el cemento de la acera. Abrí los ojos lentamente como si me fuera la vida en ello y observé que encima tenía algo que me protegía de esas devoradoras gotas. Incliné la cabeza y allí estaba ella.

No existe palabra alguna para describir su belleza, no existe palabra alguna para narrar lo que en ese momento sentí. Mi corazón salió de mi pecho para reunirse con el suyo. Esa sensación de adrenalina ardió en mi interior como un bosque entero cuando un ligero rayo de sol abrasa una delicada rama y se prolonga al resto.

Fue todo tan mágico."

Me sequé las lágrimas y fui en dirección a la sala de estar. Miré a mi alrededor y observé como la tercera edad de Guadalajara vivía los últimos años que le quedaba, algunos incluso meses.

A la izquierda reposaban un grupo de cinco mujeres sobre unos sillones desvencijados, cuya afición era el punto. Se pasaban todo el día tejiendo y debo admitir que no se les daba nada mal. Aún recuerdo cuando nos regalaron el año pasado a todos los residentes un jersey, bastante cómodo, para burlar el frío que el cambio climático dejó en consecuencia.

A la derecha estaba el típico señor que cree que el hecho de que sus hijos le hayan metido en esta residencia es el mayor sufrimiento que una persona pueda llegar a sentir, ¿ qué sabrá el

de lo que es el verdadero sufrimiento que te ataca y cómo la mugre comienza a devorar tu cuerpo de arriba a abajo?

Al fondo de la sala había un corro de ancianos presenciando la legendaria partida de ajedrez entre Manuel y Pablo de la que tanto oí hablar.

Me acerqué a la ventana lo más rápido posible que mis pulmones me permitieron evitando cualquier contacto visual, y dispersé mi mirada en los grandes rascacielos de la que antaño Guadalajara carecía.

Unos minutos después, sentí una mano suave sobre mi hombro.

-Buenos días, señor Adam, ¿cómo amaneció hoy?-me dijo la voz fina de Valeria.

Valeria era una joven voluntaria que nos ayudaba en nuestro día a día.

Yo la respondí con un breve gesto y volví a mi actividad inicial.

-Señor, sabe que no puede estar todos los días solo, como si le hubieran sometido al ostracismo, hay muchas actividades que puede realizar y que le podrán agradar- argumentó ignorando mi gesto.

No dije nada.

Finalmente, tras un minuto de silencio, me entregó una tarjeta.

- Ten, es una asociación que te puede ayudar. Pásate por aquí mañana a las cinco de la tarde, te vendrá bien, confía en mí.

Seguía sin decir nada.

Valeria, preocupada, salió de la sala para atender a otros residentes dejándome solo con las palabras de la tarjeta que resonaron en mi interior.

Tras una larga reflexión donde las contradicciones no dejaron de aparecer, decidí ir.

Llegué puntual, algo muy propio de mi, pero eso poco importaba. Vi a Valeria al fondo de la sala y al parecer no esperaba mi presencia, no obstante, se alegró y me lo agradeció con una simple, aunque bonita, sonrisa.

Me senté en la primera silla que vi libre, al lado de una mujer cuyo rostro se encontraba totalmente tapado con un velo excluyendo a los ojos y por su acento descubrí que también era de Siria, lo que me hizo sentir muy familiarizado con ella. Delante se situaba un hombre no muy mayor, pero tampoco muy joven, calculo que unos cuarenta años aproximadamente. Su rostro expresaba dolor, angustia, preocupación, ese hombre ha sufrido en la vida, ¿ acaso no lo hemos hecho todos los presentes?

Al comenzar la sesión, la orientadora inició la sesión dándonos su argumento acerca de lo que es permanecer unidos y sobre todo tener fe y confianza en los demás. Más tarde, pidió a una mujer cuya mirada estaba centrada en un punto de la sala, que compartiera su historia con nosotros. No presté mucha atención, la verdad, pero hubo una palabra que se quedó grabada en mí.

HIJO...

Esa palabra me llevó a aquel día en el que la felicidad nos saludaba con su hermosa sonrisa.

" El amor que ambos habíamos creado iba más allá de la ciencia, más allá de todo lo material.

Ella era la mujer que conseguía que los malos días muestren su bondadoso carácter, que mis penas se transformen en alegrías con su luminosa sonrisa.

Ella era el tiempo en el que se quedaron todos mis latidos y cada latir pronuncia su nombre.

Ese día obtuve la mejor noticia de mi vida.

Tras el paseo diario por las hermosas calles históricas de Alepo compartiendo ideas y argumentos, fuimos a tomar un café. No sé si era mi sensación o es que en ese momento su comportamiento cambió. No quise preguntarla porque ya me sabía cuál sería su respuesta, por lo tanto, esperé.

Nos tumbamos sobre los verdes prados apreciando las estrellas que bailaban en el cielo como bailarinas representando el Lago de los cisnes, realizando unos movimientos sistemáticos que acompañan a la estrella principal que se mueve por el escenario con una auténtica belleza y perfección.

Yo seguía percibiendo su incomodidad, así que opté por preguntárselo. Ella, tan impaciente como siempre, me dio la noticia más asombrosa y más feliz de toda mi vida.

Iba a ser padre."

La historia de la mujer concluyó con unas lágrimas que expresaban anhelo, sufrimiento...

Cada lágrima que descendía por su suave piel tenía el nombre de cada capítulo, cada momento feliz que forman una pequeña parte de su vida.

La orientadora y todos los demás presentes fueron a consolarla y no paraban de recordarle que no estaba sola, pero la mujer no podía creérselo.

Más tarde, cuando el tenso ambiente que se respiraba en esa sala pareció dispersarse, la asesora clavó su mirada en la mía y al fin descubrió que había una cara nueva.

Me pidió que me presentara y así fue. Después, volvió a darnos el discurso de la confianza. ¿Por qué le daba tanta importancia a la confianza sabiendo que todos los presentes la hemos enterrado y no podemos volver a tenerla?, porque no podemos volver a recuperarla, ¿verdad?

- Bienvenido señor Adam, ¿por qué no comparte su historia con nosotros?- preguntó ella con el fin de ayudarme.

No dije nada. Tras un buen rato en silencio, cuando ella optó por cambiar de tema ya que su paciencia conmigo se agotó, mi boca comenzó a hablar. Pero, no era mi boca la que hablaba, era mi pobre corazón que estaba saciado de soportar todo el peso él solo, necesitaba desahogarse, y eso es lo que hizo.

“ En 2011, lamentablemente comenzó una guerra civil en Siria, enfrentándose las Fuerzas Armadas de Siria del gobierno del presidente sirio Bashar Al-Asad contra los grupos armados rebeldes, más conocidos como la oposición siria.

Todo lo que parecía una simple manifestación, acabó con la destrucción de las ciudades que ya no pueden recibir ese nombre ya que no ha quedado ningún ladrillo encima de otro. Y no solo las ciudades fueron las afectadas en ese momento, sino que acabó con doscientas cincuenta mil personas, convirtiendo todo en una auténtica masacre.

Y no, por el simple hecho de no morir en el acto, no significa que me haya salvado de dicha barbaridad, el simple hecho de escuchar todos los días y todas las noches el sonido de las bombas, y de las balas introduciéndose en el costado de los hombres, de las mujeres, incluso de los niños, niños que aún no saben que es lo que está ocurriendo; los gritos de las mujeres pidiendo auxilio, el lamento de los hombre pidiendo a Dios que termine ya con esta inmolación ; eso amigos, eso no tiene nombre.

Yo no podía seguir viviendo en esa situación. No tenía opción ninguna, porque en los momentos que se presentan como ese, el único sentido que se activa es el de la supervivencia, además no iba a permitir que mi hijo nazca en un país donde lo primero que oiga es el ruido de una bomba destruyendo los edificios y casas que constituyen Aleppo.

Lo más difícil que se le antoja en ese momento a una persona es el hecho de tener que despedirse de su familia, a la que puede que no vuelva a ver nunca más. Aun recuerdo la expresión de mi padre cuando le di la noticia.

En ese momento, las lágrimas no dejaron de inundar nuestras almas vacías. Yo y mi mujer partimos por la madrugada que, junto con los demás huyentes, realizamos con ánimo el camino rumbo a Turquía.

Fue muy duro, pero eso solo era una pincelada de lo que nos esperaba. Agarré a mi querida mujer muy fuerte de la mano, y su mirada llena de satisfacción, me llenó de fuerzas. No puedo borrar de mi mente las palabras que en ese momento su voz fina me intentó decir:

Estamos haciendo lo correcto, dentro de muy poco estaremos los tres juntos en un lugar donde la violencia haya sido derrotada por la paz para siempre, porque es eso lo que todos necesitamos, un poco de paz.

Nos fundimos en un intenso abrazo y volvimos a cargar con lo único que nos quedaba, la esperanza.

¿Sabéis lo que es tener que andar seis días donde apenas apareció el descanso y donde las reservas alimentarias eran escasas? Lo dudo mucho, pero es que las cosas no acaban allí.

Resultó muy fácil cruzar la frontera con Turquía, la verdad es que me esperaba oposición por parte de las fuerzas armadas, por lo contrario, nos recibieron con los brazos abiertos y yo les estuve muy agradecidos.

Cuando por fin nos disponíamos a descansar, vi como el cuerpo de mi mujer se desplomo al suelo. Yo corrí hacia ella y la sostenía entre mis brazos, intentando que vuelva en sí y gritando como un autentico descabellado pidiendo ayuda médica.

En ese momento, no me imaginaba el hecho de tener que perderla, no me imaginaba toda una vida sin ella, la verdad es que no sé cómo he sobrevivido todo ese tiempo en el que todavía no nos conocíamos.

Me llevé un susto de muerte, pero solo se ha quedado en eso, en un simple susto.

El médico que la atendió en ese momento, me dijo que debido a su situación, no debería realizar el camino que quedaba porque su vida y la del niño corre riesgo.

Yo se lo comenté y le propuse la posibilidad de quedarnos en Turquía y completar nuestra vida allí hasta que nazca el niño, pero ella era muy cabezota y no quería cambiar sus planes. Ella deseaba ir Alemania, y que su hijo nazca allí y nada le hizo cambiarle de opinión, es más, su objetivo era el descrito y lo iba a conseguir con o sin mí.

Estuvimos más de una semana en la frontera y partimos hacia las islas griegas un día de tormenta. Yo sabía que no era un buen día para partir, y así es como se lo comenté a mi querida mujer , pero ella se negaba a quedarse allí y quería salir lo más rápido posible.

Yo, aun insistiendo en el mal día que se avecinaba, decidí ir con ella porque de eso se trataba el amor ¿no?, de estar tanto en las malas, como en las buenas con tu la persona a la que amas. Pero, al parecer, la dichosa tormenta acabó con lo único que me mantenía con esperanza, con felicidad y con vida.

Había como una cuarentena de personas en un bote, unas encima de otras luchando para poder encontrar un lugar donde sean aceptados y donde podían vivir tranquilamente. Yo sujeté a mi amada a mi lado, rodeándola con un brazo para que ninguno de los presentes pueda darla con uno de sus movimientos bruscos.

Pude apreciar el rostro de cada una de las personas, todas representaban lo mismo, miedo. Me fijé en una niña que estaba sentada encima de las rodillas de su madre, de unos cinco años aproximadamente y estaba preguntándole a su madre, cuándo iban a llegar al lugar tan bonito que le prometió.

La madre con una pequeña llama de esperanza ardiente en sus grises ojos, le respondió:
-Muy pronto hija, muy pronto.

Todo estaba yendo como nos lo esperábamos, la mar estaba tranquila y el cielo no estaba del todo despejado, pero mejor que como lo dejamos esta mañana.

La madre de mi futuro hijo apoyó su cabeza sobre mi corpulento costado, pudiendo sentir su respiración.

La cogí de la mano tan fuerte como si algo o alguien me estuviera separando de ella, la besé en la cabeza y sentí como mis párpados caían derrotados por el cansancio.

Tras un buen rato, sentí como las gotas de lluvia se introducían en los poros de mi curtida piel, abrí los ojos lentamente como si me fuese la vida en ello, mire a un lado y allí estaba ella.

Sonreí, fue la primera vez que sonreía de esa forma, estaba con la persona que amaba, que a la vez, crecía dentro de ella una criatura, fruto de nuestro amor.

Nuestro amor unido en uno se estaba dirigiendo a un lugar donde iba a vivir feliz por lo que le reste de vida.

Volví a cerrar los ojos y en ningún momento deje de sonreír, hasta que lo que parecía un

momento feliz, se convirtió en el último de mi vida y el último día en el que mi rostro originó una sonrisa.

La mar comenzó a agitarse, tambaleando el bote de un lado a otro donde un movimiento brusco me despertó y a su vez, el mío despertó a mi esposa. No sabíamos que es lo que estaba ocurriendo, todos estábamos alterados y apenas había sitio para movernos.

La luna llena mostraba su malévolo carácter originando una serie de olas que intentaban hundir el angosto bote, pero él, tan valiente como siempre y alimentado por la pequeña esperanza que yacía en todas las personas a las que nos comenzaron a llamar refugiados, luchó como nunca, pero tristemente, esa noche, el poder centellante de la luna consiguió acabar con esa pequeña esperanza de todos.

No la solté de la mano, puede observar sus ojos llenos de terror, ella me miró y sé que lo que debería haber hecho en ese momento es no mostrar mi miedo, pero, ¿qué le iba a hacer?, ¿acaso no lo teníamos todos los presentes?

Los hombres entraron en pánico, las mujeres pegaron gritos que se podían oír metros y metros más allá, y los niños, sin saber lo que estaba ocurriendo decidieron adaptarse a la situación y realizar lo que sus padres estaban haciendo.

La luna originó un movimiento que acabó con la batalla, saliendo vencedora.

El bote volcó y con él todas las personas. Estuve más de un minuto dentro del mar, donde mire mi mano y vi que no estaba encima la de mi querida esposa, lo que me alarmó. Luché por subir y al lograrlo observé mi alrededor y vi que no estaba, respiré hondo y volví a introducirme en las salvajes aguas, donde viajé lo más profundo que pude para buscarla, pero no obtuve resultado. Volví a subir y grité su nombre lo más fuerte que mis cuerdas vocales pudieran transmitir, pero no hubo respuesta. Hice una tercera intentona, pero nada.

La luna, de la que todos fardan de su belleza, me arrebató lo único que constituía mi vida, por lo tanto, no vi la razón por seguir aferrándome a este mundo, así que decidí acabar literalmente con mi vida, porque psicológicamente ya se destruyó.

Cuando me quise ahogar, una mano me agarró fuertemente del hombro, y me llevó hasta un barco cuya luz me cegó, él no obtuvo resistencia por mi parte ya que estaba perdiendo el conocimiento, lo último que vi, eran a dos hombres cuyo idioma era muy raro.

Al despertar, vi que estaba en una cama destartalada en un cuadrilátero cuyas paredes y

techo lo formaban una lona de plástico blanca.

Me levanté y me senté en el bordillo de la cama, me froté los ojos y recordé lo ocurrido en las aguas, y por un momento pensé que solo era una pesadilla, pero...¿ Acaso la realidad no lo era?

En el mismo momento en el que yo me levanté en dirección a la puerta, de ésta entró una mujer joven, de estatura alta y una piel muy blanca.

Al principio no la entendía, pero después ella me lo explicó en árabe tras ver que no concebía la información dada.

Me pidió información básica, la verdad es que no entendía por qué lo hacía, yo ya no era nadie.

Después de intentar darle dicha información le conté lo que ocurrió, y lo único que obtuve por respuesta era, que harán todo lo posible para encontrarla.

Los días concluyeron muy despacio y cada vez se agravaba una pequeña llama de fuego en mi interior. Era como tener dentro al infierno propio, donde el poder lo acapara el diablo, que en este caso es el dolor.

Era un día de esos cuando la señora que anteriormente me atendió y que cuyo nombre no es de mucha importancia, me pidió que realizara el peor acto que ha constituido mi vida, identificar un cuerpo. Ella, me pidió que viese, si ese cuerpo que se situaba bajo mis pies, pertenece al de mi mujer.

Tenía mucho miedo, yo deseaba con todo lo que era mi corazón, que no fuese ella la que yacía en el suelo, pero una vez más, la vida me la jugó.

Levanté la sábana y vi los bellos ojos, los carnosos labios y la chata nariz que formaban el bello rostro de la mujer de la que me enamoré. Estaba muerta, y con ella mi corazón.

En ese momento caí de rodillas y lloré, lloré como un niño al que le acaban de separarle de su osito de peluche, al que tanto quería. La señora intentó consolarme, pero ya no había nada que pueda llenar el vacío que sentía en mi interior. Cogí su cuerpo inundado en el agua y me lo aferré a mí, mi mano derecha se deslizó por sus dorados cabellos tan suaves al tacto, fue descendiendo hasta llegar al lugar donde se encontraba mi futuro hijo, otra víctima. En ese momento me prometí, en honor a mi amada y mi hijo, concluiría el camino.

No sé cuantos días pasé en Grecia, pero partí, junto con los demás refugiados sin rumbo

ninguno, solo buscábamos un lugar donde poder descansar. De Grecia pasamos a Macedonia, de allí llegamos a Serbia donde también estuvimos varios días antes de partir a Hungría. De Hungría pasamos a Austria donde ahí desvié mi ruta.

No quería dirigirme a Alemania ya que era el lugar deseado de mi amada y eso me traía muchos recuerdos dolorosos, por lo cual, decidí dirigirme a España, donde Guadalajara me abrió sus puertas.”

Me levanté de mi asiento y dije:

- Esa es mi historia.

Salí de la sala y fui en dirección a mi cuarto. Miré por la ventana y observe las estrellas que se lucían con auténtica elegancia esa noche, al verlas, supe que era el momento.

Mi rostro dibujo una pequeña sonrisa y arranqué los tubos que mantenían mis pulmones en funcionamiento. Iba a reunirme con mi amor y con mi hijo.